

Discípulos, No Meramente Cristianos

«En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros.» — Juan 13:35

Queridos amigos,

Hay una creciente fealdad en nuestro mundo hoy: una dureza, un espíritu de juicio y una amargura que con demasiada frecuencia se infiltran incluso en los corazones de quienes se llaman cristianos. Me duele profundamente ver a personas piadosas actuar de maneras que no son amables, que dividen o que muestran orgullo. Un querido amigo me recordó una vez que debemos distinguir entre los cristianos y los discípulos de Cristo. Esta distinción no es pequeña; es la diferencia entre una simple identidad y una transformación genuina.

Muchos que se llaman cristianos no son verdaderos discípulos de Cristo. ¿Por qué sucede esto? Quizás por hipocresía, orgullo o una mala comprensión de la gracia. A veces nos aferramos a tradiciones no bíblicas o buscamos comodidad en lugar de valentía. En ocasiones incluso espiritualizamos los conflictos, perdiendo de vista la humildad, la mansedumbre y el amor que Cristo nos llama a encarnar.

Un discípulo, amados, es un aprendiz —un seguidor y estudiante de Jesucristo—. Entramos en una familia íntima y espiritual donde no hay extraños, porque en Cristo somos uno. Un discípulo se compromete a: obedecer la voluntad del Señor, crecer en intimidad con Dios a través de la oración y la lectura de la Escritura, y mostrar Su amor a los demás en la vida cotidiana. La vida de un discípulo da fruto visible: honestidad, empatía, humildad, bondad, perdón y obediencia firme a la voluntad de Dios. Estas no son virtudes opcionales, sino la evidencia viva de un corazón transformado por la gracia.

En nuestro tiempo, uno de los mayores errores en la adoración es buscar una experiencia en lugar de buscar a Dios mismo. Muchos miden la adoración por la emoción —por la belleza de una canción o la emoción de un momento— en lugar de por la transformación que produce en el interior. Pero la verdadera adoración no se mide por lo que sentimos; se mide por la entrega. Es un corazón que anhela la gloria de Dios por encima de todo, y una vida que refleja Su amor en cada palabra y acción.

La adoración genuina siempre conduce a vidas transformadas —vidas que reflejan la compasión, la humildad y la fidelidad de Cristo—. La fe cristiana no es principalmente una idea ni una obligación, sino una relación: una amistad viva con Cristo. A través de la fe, compartimos la fe de unos con otros y somos fortalecidos juntos en el amor.

A lo largo de los Evangelios, Jesús mostró a Sus seguidores una mejor manera de vivir: una vida libre de hipocresía y de fe vacía. Él dijo: «Sígueme», no solo para que lo admiráramos, sino para que llegáramos a ser como Él. Ser Su discípulo es hacerlo el centro —el soberano supremo de todo lo que somos y de todo lo que hacemos—. Es permitir que Su Espíritu nos guíe al mundo como agentes de transformación —portadores de Su voz, Su amor y Su misericordia—.

Ser la presencia de Dios en el mundo es una bendición, pero también una responsabilidad. A través de nuestra fe valiente, tocamos vidas, levantamos corazones e inspiramos a otros a acercarse más a Él. ¿Alguna vez has sido sostenido en un tiempo de crisis por quienes te aman —como el hombre paralítico que fue llevado a Jesús por sus amigos?

Así también nosotros somos llamados a llevarnos los unos a los otros en amor. Para ser verdaderos discípulos de Cristo, debemos permanecer en Su Palabra —mostrando fe y obediencia mediante la oración constante, el estudio de la Escritura, y amando a los demás como Cristo amó a la Iglesia— sirviendo, ayudando, perdonando y levantándonos unos a otros en gracia. También debemos dar fruto —vivir vidas que glorifiquen a Dios y atraigan a otros hacia Él—. Porque, ¿cómo podemos hacer discípulos si vivimos hipócritamente, servimos sin integridad o dejamos de amar a nuestro prójimo? ¿Cómo podemos reflejar a Cristo si ignoramos a los necesitados, abandonamos la comunión o mantenemos nuestra fe oculta y sin fruto?

Mis amigos, comprometámonos nuevamente con el discipulado. Humillémonos ante Dios, perdonemos libremente, amemos profundamente y busquemos la unidad entre nosotros. Busquemos Su presencia por encima de todo, permitiendo que Él moldee nuestros corazones y guíe nuestros pasos. Cuando vivimos como verdaderos discípulos —no meramente cristianos de nombre—, nuestras vidas se convierten en radiantes faros de esperanza, misericordia y gracia. El mundo, cansado y herido, verá en nosotros el reflejo vivo de Cristo mismo. Como dice San Pablo: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí.» — Gálatas 2:20

Que todos los que nos vean lleguen a conocerlo a Él —al Cristo viviente— a través de nuestras palabras y acciones.

¡Bendiciones!

P. Vilaire Philius